

# La leyenda del hombre invisible

Homero Aridjis  
Contepec, 1940

Por la ciudad anda una silueta  
camuflada con paredes y puertas  
un destello que se asoma a las ventanas  
de los transportes en los que viaja sin pagar.  
En los grandes bulevares no es raro  
pegar la oreja a la banqueta y escuchar  
los pasos de un simulacro de hombre  
que deambula sin cara y sin manos.  
En las terrazas de los cafés he percibido  
a una persona que acaricia a las meseras  
con relámpagos de poca duración.  
Por el periférico se ha visto a una moto sin jinete  
y a unos ojos que viajan por el aire frío  
con dedos transparentes.  
En la buhardilla de un edificio de mala muerte,  
el extraño visita de noche a una ninfeta pálida,  
y parte al amanecer, apenas descubierta  
su presencia por una sombra en la pared,  
el sonido de unos pies descalzos

y los latidos de un corazón  
que no se localiza en ninguna parte.  
El desconocido venera el agua,  
un elemento que como él es interior y exterior,  
aunque los espejos no reflejan su imagen,  
ni las lluvias que circundan su cuerpo lo revelan.  
Mas inmensa es el agua y poca cosa es él,  
y un día el mar el misterio inundará su nada.  
Cacemos al monstruo, al azotacalles,  
él no es como nosotros, es un huérfano en la multitud,  
los peatones chocan contra su cuerpo  
como murciélagos contra la luz.  
Pero un día, no se sorprendan de ello,  
nadie se asombre, nadie,  
cuando los ríos del tiempo fluyan hacia atrás  
y el mar devuelva a sus ahogados,  
harto de que la gente hable a través de mí,  
harto de ser invisible, explotaré en la calle.